



Los 75 años de Karl Rahner. Balance de su obra teológica



En 1979 se han celebrado dos acontecimientos en la vida de K. Rahner, teólogo jesuita alemán. El 5 de marzo celebró 75 años de vida. Con ese motivo, la Universidad de Marquette, de Milwaukee, le concedió el premio "Pere Marquette Discovery", por sus descubrimientos en el campo de la teología. Y también en este año la editorial Herder, de Barcelona, ha publicado su última obra **Curso Fundamental sobre la Fe** (535 páginas), importante resumen sistemático de su pensamiento teológico. Ante la imposibilidad de evaluar en unas breves líneas la vida y obra teológica de K. Rahner hagamos un brevísimo balance.

Su último libro **Curso Fundamental sobre la Fe** representa la síntesis de su pensamiento sistemático y de su método transcendental. En él se abordan los problemas fundamentales de la teología que, en cuanto fundamentales, Rahner los ha hecho objeto específico de su pensamiento. Se trata el problema de lo que sea lo último en la realidad histórica que Rahner lo ve en que el hombre está remitido al misterio absoluto de Dios y en que Dios se ha comunicado en gracia al hombre, rompiendo así la simetría de su posible lejanía o cercanía. Desde esta perspectiva se abordan los temas eternamente cristianos y humanos, en su versión teológica, religiosa o filosófica, como son los del pecado, la gracia, la revelación, la salvación y la escatología. Y de ahí se pasa a tratar los temas más específicamente cristianos como Cristo y la Iglesia.

El método usado por Rahner, como es sabido, es el transcendental. Rahner busca la condición de posibilidad en el propio sujeto de conocer los objetos teológicos. Por ello comienza afirmando que consciente o inconscientemente, quiéralo o no, el hombre está remitido en su existencia espiritual a un misterio sagrado como al fondo de su ser (pp. 80-90). Pero esta afirmación transcendental se ve explicada desde el principio también históricamente, pues sólo en y a través de experiencias históricas determinadas se realiza la experiencia de la transcendencia (pp. 79ss).

El método transcendental de Rahner no es sin embargo puramente académico sino que en su intención implícita y a veces explicitada está al servicio de la pastoral —aunque las formulaciones de Rahner parecieran, a veces, ser lo más lejanas a lo que se entiende por pastoral—. Sin embargo lo que ha pretendido Rahner no es otra cosa que "dar al hombre la confianza de que él puede creer con honradez intelectual, y esto también desde el contenido del dogma cristiano" (p. 29). Se trata por lo tanto de poner la teología al servicio de la fe concreta, con sus dificultades y amenazas, tal como se ha vivido en Europa en la segunda mitad del s. XX. En este sentido el método transcendental ha servido para desmitologizar presentaciones de Cristo, de la Iglesia, de la gracia, etc., puramente sobrenaturalistas y transcendentales y traerlas al terreno de lo histórico. Paradójicamente el método transcendental, tal como lo ha usado Rahner, ha servido para historizar los contenidos de la fe cristiana y darles una racionalidad histórica. Y ha servido también para superar el puro positivismo y biblicismo de la teología antes del Vaticano II, basado en citas del magisterio y de la Escritura, y relacionarla con la autocomprensión actual del hombre europeo.

Esa intención profundamente pastoral de la teología de Rahner, al servicio de la cual está también su método, se nota en la libertad con que ha asumido enfoques y contenidos que no se derivan necesariamente del método transcendental, aunque una vez elegidos esos contenidos los trate transcendentalmente. Así, por poner un par de ejemplos, hace un tratamiento de la cristología desde una concepción evolutiva del mundo (pp. 216-243) para mostrar lo intrínsecamente razonable que es la aparición del portador absoluto de la salvación en un determinado momento de la evolución de la historia; y apela también existencial-personalistamente a experiencias previas en el sujeto, como serían el amor absoluto al prójimo, la disposición a la muerte y la esperanza en el futuro absoluto (pp. 343-348) para la comprensión de Jesús como el Cristo. De es-

ta forma Rahner de hecho no cae en un dogmatismo del método, sino que en el mismo camino de hacer teología va introduciendo nuevos enfoques para que la teología haga justicia en último término a la realidad histórica y cristiana tal como va surgiendo.

El presente libro es por lo tanto un resumen de la obra sistemática de Rahner. Pero no es la totalidad de su obra. Y no es la totalidad de su obra teológica no sólo porque en él no se recogen todos los contenidos teológicos que Rahner ha elaborado a lo largo de su vida, sino porque la totalidad de la obra de Rahner es lo que él ha escrito "y" la historia teológica y eclesial que ha desencadenado. Sería ahistórico y anacrónico querer juzgar de su obra por sólo este libro, aun reconociendo su importancia para los especialistas en teología.

Esa totalidad de la obra de Rahner es infinitamente compleja y rica, y eso es propiamente lo que se quiso premiar en la Universidad de Marquette. Es cierto que en el libro citado faltan cosas importantes, como la eficacia socio-política del cristianismo y una teología de la cruz, por poner sólo dos ejemplos importantes. En el mismo congreso de teología organizado en Marquette en honor de Rahner, uno de sus más distinguidos discípulos y amigo íntimo, J. B. Metz, criticó su obra como transcendental e idealista, y a la célebre teoría rahneriana del "cristianismo anónimo" como forma sutil de evadir la crisis de identidad actual del cristianismo. Los teólogos latinoamericanos difícilmente podrían usar directa y textualmente este libro para un proyecto liberador. Y todo ello con razón. El último libro de Rahner no presenta un nuevo Rahner, que entrase en diálogo con la teología más novedosa de Europa y ciertamente con la teología de la liberación.

Y sin embargo, difícilmente se hubiese llegado a la situación actual de la teología sin Rahner. Metz lo dijo muy claramente en Marquette: "Rahner verdaderamente pertenece a los clásicos: incluso para objetar a sus propias teorías encontramos un apoyo en el contexto más amplio de su pensamiento". Es decir, su teología no sólo tiene un determinado valor, más evidente en directo para la situación eclesial alrededor del Vaticano II, sino que lleva en sí misma el germen de su superación; tiene un determinado talante que la hace desencadenar nueva historia teológica y eclesial.

Ese talante teológico de Rahner, que se realiza en concreto a través de su teología pero que en sí mismo no es adecuado a sus contenidos concretos, podemos resumirlo brevemente en tres características. La primera sería una teología **encarnada**. Rahner trata de responder a su tiempo y eso consecuentemente. No elige él los problemas que va a tratar sino aquéllos que le son dados por la propia historia mundial y eclesial. Y a esos problemas ha tratado de dar respuesta a pesar de dificultades, riesgos e incluso persecuciones eclesásticas. Sería el componen-

te cristo-lógico de su talante: asumir realmente la situación concreta de su quehacer teológico.

La segunda sería una teología **abierto**. La nueva problemática por difícil y cuestionante que aparezca, por inusitada y peligrosa en un determinado momento para la Iglesia misma, no debe ser ignorada o sutilmente descualificada en nombre de tradiciones y teologías del pasado. Una teología que no se haga nueva deja de serlo. Así lo confesó él mismo en su discurso de aceptación del premio en Marquette. Sueña, dice él, con una teología que, siendo fiel a lo profundo del magisterio de la Iglesia, pueda siempre ser distinta para ser fiel a lo distinto de la historia. Y por ello sueña, como lo dijo en palabras no científicas sino más bien poéticas, con una teología que devuelva a los europeos el sentido de humanidad, que produzca la liberación en América Latina y que deje resonar el son de los tambores africanos y asiáticos. En nombre de su propia teología está pidiendo una teología verdaderamente católica, es decir, universal y por ello diversificada y no enclaustrada de antemano en patrones conocidos y determinados. Sería el componente teológico de su talante: asumir que el misterio de Dios es mayor que cualquier concreción histórica por muy establecida y asegurada que se pretenda incluso en nombre de la tradición teológica y eclesial.

La tercera sería una teología **comprometida**. La teología no debe comprometerse sólo con su propio método y racionalidad científica, sino con el contexto eclesial e histórico en que se realiza. Desde hace unos veinte años Rahner no ha sido sólo una figura teológica, sino también una figura política en la Iglesia, aunque esto lo haya llevado a cabo a través de su quehacer teológico. Su participación en el Vaticano II y el trabajo de difusión y comentarios de sus documentos no ha sido sólo la ayuda al surgimiento de una nueva teología, sino a una nueva forma de ser Iglesia históricamente. El libro que publicó en 1972, *Strukturwandel der Kirche als Aufgabe und Chance (Cambio de estructuras de la Iglesia como tarea y oportunidad)*, muestra a un teólogo, ya casi de 70 años, con la ilusión y criticidad de transformar la Iglesia alemana y sus estructuras históricas. Muy recientemente Rahner ha salido varias veces en defensa de la Iglesia latinoamericana, surgida en la línea de Medellín, y de la teología de la liberación. Este sería el componente eclesio-lógico de su talante: realizar la teología como servicio eclesial, que no se reduce a hacer teología desde el magisterio, sino a hacerla y expresarse dentro de los problemas y esperanzas concretas de una Iglesia determinada.

Lo que se premió y honró en Marquette ha sido entonces la totalidad de la obra teológica de Rahner, su capacidad intelectual, rigurosa, crítica y creativa, y su talante para hacer de la teología una reflexión productiva al servicio de la Iglesia y de la histo-

ria de los hombres. Sin lo primero la teología no podría aportar lo específico de la racionalidad crítica y constructiva; sin lo segundo la racionalidad teológica dejaría de ser cristiana.

La vida teológica de Rahner ha sido en verdad compleja. En sus comienzos fue sospechoso para sus colegas, prohibido y vetado administrativamente por el Vaticano. Alrededor del Vaticano II fue imitado, alabado y reconocido oficialmente como gran teólogo de la Iglesia católica. En su vejez es estudiado críticamente, reinterpretado y enriquecido por sus discípulos y universalmente venerado. Pero en toda esa

trayectoria Rahner no ha dejado de confesar que cree en la necesidad e importancia de la teología, siempre que ésta no se considere a sí misma como algo último, que se realice dentro de la Iglesia real y concreta y que esté en verdad y verificadamente al servicio de los hombres. El que haya llevado a cabo consecuentemente esta tarea a lo largo de cuarenta años de producción teológica es la herencia y estímulo que nos deja. Y por ello le estamos agradecidos también en América Latina.

J. S.

